

**art
buch
wald**

PELICULAS PARA ADULTOS

WASHINGTON.—Es cosa más que sabida el hecho de que las productoras cinematográficas de Hollywood se encuentran en dificultades. Los estudios de más renombre tratan de superarse a base de películas sobre revolución, drogas, estupefacientes y asuntos sexuales, en un desesperado esfuerzo por mantener el interés de los dos tipos humanos que aún van al cine: los chavales y los viejos verdes.

Sampson P. Truberry, director de los estudios M. T. A. —sigla de "Miserable Twentieth Arts"—, me dijo:

—La industria cinematográfica ha llegado a su mayoría de edad, estamos haciendo películas para adultos conforme a este criterio. Los días de El sonido de la música y Lo que el viento se llevó pasaron a la historia. Cuando yo, hace un año, me hice cargo de estos estudios, perdían diez millones de dólares anuales. Hice tres películas: Virgen en motocicleta, El club de la llave y Cóctel Molotov, y logramos equilibrarnos. Ahora, nuestra productora va viento en popa. Venga y le enseñaré los estudios.

Fui con él. Entramos en el plató número cinco. Vi a un hombre y una mujer bañándose. Truberry me susurró al oído:

—Esta va a ser una de nuestras grandes películas navideñas. Se trata del día veinticuatro de diciembre, acaban de terminar de adornar el árbol y deciden bañarse juntos.

—¿Es un matrimonio?

Truberry meneó la cabeza:

—No; hermanos.

—Debiera haberlo adivinado... —dije, por decir algo.

—¿Ve usted al director? —prosiguió Truberry—. Es de lo mejorcito de Hollywood. Antes hacía películas para fiestas de solteros. Fue arrestado siete veces, estuvo seis años en la cárcel. Ahora recibe medio millón de dólares por película y le tenemos contratado para hacer cinco.

Pasamos al estudio número nueve. Al entrar, el estruendo de la música de "rock and roll" casi nos derriba al suelo. Truberry tenía que gritarme para hacerse entender:

—Esta película se llamará Más allá del valle de Woodstock. Todo el mundo es apedreado, desde el principio al fin.

—¿Qué argumento tiene?

—No hay argumento. Cada actor hace lo que le parece.

El humo de las drogas narcóticas me mareaba y tuve que salir a respirar aire fresco. Truberry, que me seguía, se entusiasmaba:

—Antes no sabían hacer este tipo de películas...

De pronto oímos el silbido de las sirenas y el ruido de las bombas contra incendio, al tiempo que brotaban tremendas llamaradas por las ventanas del edificio destinado a administración. Un joven, de salvaje apariencia, gritaba desesperadamente por un megáfono:

—¡Fuera esas bombas, estamos filmando una escena!

Truberry se le acercó:

—Jerry, ¿qué diablos estás haciendo?

—Estamos filmando la última escena de Abajo con todo y necesitamos un buen incendio, jefe.

—Pero en el guión, que yo sepa, no figura nada acerca de quemar el edificio de la administración.

—No, pero lo improvisamos. ¡Ya verá qué final!

Uno de los secuaces de Jerry se le acercó para preguntarle:

—¿Lanzamos algunos muñecos humanos de tamaño natural al fuego?

—¡Cómo! —Jerry se exasperó— ¡Nada falso en esta película!

¡Lance a Truberry!

Dos fornidos auxiliares agarraron a Truberry, que gritaba aterrificado.

Y el llamado Jerry, por el megáfono, ordenaba:

—¡Atención! Tiene que salir bien a la primera toma, porque tal vez no encontremos otro para repetirla.

(Copyright 1970, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

EGUILLOR

